

CARTA CON MOTIVO DEL DOMUND 2010

"QUEREMOS VER A JESÚS"

Mis queridos sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares:

1.- Quiero acercarme de nuevo a vosotros sin absorber vuestro tiempo y sin cansaros. Pero el motivo es importante y merece nuestra atención. Se trata de la preocupación misionera que debe ser prioritaria para todos los cristianos conscientes. Es el primer ministerio de la Iglesia, y la intención última de todas sus acciones.

El celo apostólico de la Iglesia y de sus miembros debe ir acompañado, como es lógico, de un gran respeto a las personas y a sus convicciones religiosas; pero no debe cesar en el intento de ofrecer la luz de Cristo a cuantos caminan por este mundo.

2.- La oscuridad del pensamiento débil que se extiende como si fuera la norma de toda conducta y la medida de la modernidad; la niebla que oculta muchas veces el camino por donde ha de correr quien desee alcanzar la ecuanimidad, la verdadera escala de valores y la libertad ante todo y ante todos; y el conjunto de propuestas ideológicas que, muchas veces, no aportan luz sino confusión, agresividad y desazón social, ponen ante los ojos de quienes observen con espíritu abierto y crítico, un campo claramente necesitado de horizontes válidos y de la esperanza que no defrauda.

Parece que las gentes, al mismo tiempo que rechazan la verdad evangélica, están pidiendo, incluso con esa negación, que les mostremos a Jesús. Ya lo advertía el Papa Juan Pablo II al introducirnos en el tercer milenio. Podemos decir que flota en el ambiente como una voz que pregunta por alguien en quien confiar, a quien seguir con garantías de verdad. El cristiano, sabedor de que de Dios venimos y a Dios vamos, y de que hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios, bien puede pensar que esas voz

tiene esta traducción: "**Queremos ver a Jesús**".

Con estas mismas palabras se nos presenta la campaña misionera del Domund, que cada año celebramos en el mes de Octubre.

3.- Si la Iglesia perdiese el sentido de su responsabilidad misionera caería en la más flagrante contradicción. Pero esto no puede ser, porque el Señor, además de en mandarle que vaya a predicar a todas las gentes y a hacer discípulos de Cristo, ha asegurado que Él estará con su Iglesia hasta el fin de los siglos y que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Pero sí que podemos afirmar que, si un cristiano pierde la conciencia de su deber misionero, o se retrae ante las dificultades que este deber comporta, perdería la fuerza de su condición de discípulo de Cristo y de miembro vivo de la Iglesia.

4.- La seriedad de cuanto vengo comentando, me lleva a aprovechar la ocasión del Domund para hacer una llamada insistente a reflexionar sobre la responsabilidad misionera que compete a todo bautizado, y a tomar muy en serio la forma adecuada en que cada uno ha de participar en el apostolado misionero.

Cuando hablamos de misiones aflora en muchos una tendencia a pensar en los sacerdotes y en los religiosos y religiosas que han partido a tierras lejanas para predicar allí el Evangelio todavía desconocido, y atender a grupos de cristianos necesitados de formación y acompañamiento eclesial. Esto tiene un fondo de verdad puesto que la palabra "misiones" ha tenido habitualmente esa connotación. Sin embargo, en nuestra sociedad y, por tanto, en la familia, en la escuela, en la empresa, en la política, en la calle, etc. estamos constatando cada día más la ausencia y la falta de la luz de Cristo. El secularismo, el laicismo, el relativismo y muchas otras realidades, que reconocemos

claramente como distintas e incluso contrarias al Evangelio, nos hablan de la urgencia de emprender una acción verdaderamente misionera, evangelizadora entre nosotros, en nuestros pueblos y ciudades. Así estamos. Y habrá que emprender con urgencia, con entusiasmo y con perseverancia una acción bien pensada, que incorpore nuevos bríos, nuevos métodos y nuevo lenguaje, como decía Juan Pablo II.

5.- Esta inmensa tarea que reclama una pronta dedicación, puede hacer pensar a algunos que los misioneros tienen ahora su campo en nuestros mismos pueblos y ciudades, en nuestras familias y colegios, etc.; y que, por ello, hay que reducir el envío de personas a tierras lejanas para evangelizar, puesto que son necesarias aquí; sobre todo dada la escasez de vocaciones al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada, además de la frialdad religiosa con que crecen buena parte de los jóvenes de hoy.

Ante esta posible forma de pensar quiero decir muy claramente que **con el envío misionero de apóstoles al tercer mundo**, por ejemplo, **no se desatienden las necesidades de la Iglesia en nuestros pueblos y ciudades**. Lo que, en todo caso podría desatenderse son las supuestas atenciones que, por la inercia de una tradición abundante en servicios religiosos, se siguen reclamando con verdadera exigencia. Esta reclamación, lejos de cualquier actitud consciente e incorrecta, parte de la costumbre de la abundancia de sacerdotes y personas consagradas que nos ofrecían "un servicio" cómodo para la satisfacción de todos.

6.- Esto ha de cambiar necesariamente y pronto. Porque en la tarea evangelizadora debemos comportarnos con la generosidad que el Señor pide para el ejercicio de la caridad con los hermanos. Recordemos el gesto de la ancianita que entregó cuanto tenía para el templo. No tenemos que dar solo de lo que nos sobra, sino compartir lo que tenemos con quienes tienen menos que nosotros. Ya estamos recibiendo ayudas muy

valiosas, principalmente jóvenes consagradas que, llegando de otros países, refuerzan las comunidades religiosas de vida contemplativa y de vida activa. Gracias a ello, se mantienen varios monasterios y varias comunidades de religiosas.

Nuestra Archidiócesis, pobre en vocaciones al Sacerdocio y a la Vida Consagrada, está experimentando la misma pobreza en vocaciones a la misión en tierras lejanas vitalmente necesitadas de ayuda de Sacerdotes y de misioneros Religiosos y Seglares. Por eso, **desde estas líneas, quiero hacer una llamada fuerte e insistente para que nos planteemos todos, lo que nos corresponde hacer en orden a resolver esta situación.** La oración todo lo puede. Pero a ella debemos unir la acción catequética y la atención personal a los niños y jóvenes posiblemente vocacionados y que todavía no percibieron la voz del Señor.

Mi llamada es también a los Sacerdotes de nuestra Iglesia particular, para que se sientan interpelados por la solicitud por todas las Iglesia, y piensen si el Señor les llama a predicar el Evangelio en otros lugares. Todos debemos disponernos a responder a esa petición verdaderamente conmovedora. "QUEREMOS VER A JESÚS".

Confío en vuestras oraciones y en vuestra disponibilidad, y pido al Señor que nos ilumine para acertar en lo que debemos pensar y hacer al servicio de la Iglesia, para gloria de Dios y salvación del mundo.

Con mi saludo fraternal y con mi bendición pastoral.

+ Santiago. Arzobispo de Mérida-Badajoz